

ella es esencial a la Iglesia. El hecho de que en el seno del Consejo ecuménico se crease la División de las Misiones y de la Evangelización, de que ya hablamos arriba, es un índice de la aprofundización teológica, del descubrimiento de un nuevo aspecto de la eclesiología.

El trabajo diario del cristiano, declara la Asamblea, es servir a la comunidad. El punto de partida del servicio cristiano es la descripción evangélica del servicio: alimentar a los hambrientos, visitar a los enfermos y a los prisioneros, etc. Pero la época moderna, declara la Asamblea, reclama de la Iglesia nuevas formas de servicio, la acción en las estructuras sociales.

Fuera de los ortodoxos, que inflexiblemente defendían la dogmática tradicional y la sucesión apostólica como la única forma de la unidad, el Consejo ecuménico, hasta New Delhi, no osaba precisar la unidad hacia la que habría que tender ni las vías para obtenerla. Recién en New Delhi definen, por primera vez, el género de unidad buscado por el movimiento ecuménico. La Asamblea concibe la Una, Santa y futura como una comunión de las Iglesias locales, que profesan la misma fe y que poseen los dos sacramentos esenciales, el Bautismo y la Eucaristía.

• EL CONSEJO ECUMENICO Y LA IGLESIA CATOLICA

La presencia de cinco observadores oficialmente enviados por el "Secretariado romano para la unidad de los cristianos", que asistían a la Asamblea por primera vez en calidad de "observadores oficiales", significa la intención de la Iglesia católica de participar prácticamente en el movimiento ecuménico. Este suceso fue saludado con reconocimiento en los discursos oficiales de la Asamblea. Se acentuaba la necesidad de relaciones más estrechas del mundo protestante con la Iglesia católica. Los observadores católicos nos testimoniaron que en la Asamblea se notaba, entre las Iglesias presentes, una voluntad positiva de diálogo fraterno y de estima recíproca.

El mundo cristiano está, por primera vez en la historia, frente a bloques cristianos dialogantes. La unidad de los cristianos ya no se concibe solamente como un corolario de la problemática actual, sino simplemente como expresión de la voluntad de Cristo: el ecumenismo se hizo cristológico.

En la Iglesia católica, la unión de los cristianos ya no es deseo y tarea de algunos solamente; hoy en el ecumenismo está comprometida la Iglesia católica entera. ♦

¿ausencia de Dios?

reflexiones en torno a un libro reciente

• ANTONIO DONINI, S. J.

CON un breve intervalo de poco más de un año han aparecido dos obras del P. Ireneo Rosier O. C. La primera, *Ovejas sin Pastor*, fue editada por C. Lohlé en junio de 1960; y

en febrero del corriente año el mismo autor nos ofrece *En busca de la ausencia de Dios*. Nos interesa por el momento discutir esta segunda obra, aunque nuestras reflexiones se aplican también a

Ovejas sin Pastor, pues el enfoque de ambas es exactamente el mismo.

El autor, graduado en psicología social en la Universidad de Nimega (Holanda), realizó estudios de especialización en diversos centros intelectuales de Europa. Fue nombrado director del *Instituto Católico Internacional de Investigación Social* (sección italiana) en 1954. En 1957 apareció en flamenco su obra fundamental, cuyo primer tomo acaba de publicarse en castellano, con el sugestivo título de *En busca de la ausencia de Dios*, traducción literal del título original.

Esta obra se nos presenta como el resultado de las investigaciones personales del autor realizadas en Francia desde julio hasta diciembre de 1951 en algunas minas de hierro y de carbón. El tomo correspondiente a las investigaciones realizadas en otras naciones del centro de Europa (Austria, Alemania, Italia, etc.), no ha sido aún traducido al castellano.

En busca de la ausencia de Dios, se lee con facilidad; más que un trabajo científico parece un diario o una novela. Hay algo en el título y aun en el modo de narrar los acontecimientos y describir las situaciones, que recuerda a Peter van der Mersch en *Nostalgia de Dios*. De hecho el mismo autor nos previene desde el principio que "...este trabajo no puede ser una elaboración científica, puesto que tiene un carácter periodístico completamente distinto" (p. 17-18). Pero por otra parte nos habla de sus investigaciones científicas, de su método (*non directive interview*), de las razones objetivas por las que no acepta tales otros métodos, etc.: es decir, se nos presenta con un aparato científico tal que puede deslumbrar a la generalidad de los lectores, que naturalmente al leer una obra escrita por un psicólogo social —que por lo tanto dista mucho de ser un periodista o un novelista— el cual afirma desde el comienzo su preocupación por comunicar los resultados de sus investigaciones objetivamente, por lo general aceptarán sin discusión sus conclusiones, aunque el autor nos diga que "...cada uno es libre de

compartirlas o no, si es que sus argumentos son más fuertes que los míos" (p. 18).

El esquema de la obra es simple. El autor narra sus experiencias vividas durante menos de 6 meses entre los obreros de las minas francesas de Filodange, Saint Germain, Plouvy y Plaignac.

Más que una hipótesis de trabajo, da la impresión que el autor quiere preparar una tesis muy definida. Creo no traicionar el pensamiento del autor al sintetizar las 328 páginas de *En busca de la ausencia de Dios*, en estas dos proposiciones: 1º) El mundo obrero, bajo apagoso y por lo tanto cristiano y aun católico. 2º) El que los obreros no cumplan con la práctica religiosa, es por culpa de la falta de adaptación de la Iglesia, que no ha sabido modificar sus estructuras antiquadas y superadas.

Ahora bien, ambas proposiciones tienen una gran apariencia de verdad, y sin embargo son, por lo menos, exageradas e inexactas cuando se las analiza más seriamente; y aun falsas, si se las juzga con rigor científico, desapasionadamente.

En primer lugar, no toda religiosidad es cristianismo y mucho menos catolicismo. El autor juega con el término *des-cristianización*, para llegar a la conclusión de que el mundo obrero no está des-cristianizado (p. 293-301).

Sinceramente creo que el autor minimiza en extremo el cristianismo, cuando lo reduce a lo siguiente: "...siguen llamando a Dios 'le bon Dieu'. Se advierte su esperanza en la vida eterna, después de esta miseria. Sufren por su vulgaridad, lo cual implica que existe una necesidad, hasta un deseo, de vivir según el verdadero sentido de la vida. Son sinceros y se someten a lo que consigue convencerlos. No rehuyen el choque de ideas" (p. 249).

¿Cómo puede llamarse cristiano un ambiente como el que describe el mismo autor? "No se habla aquí de Dios, no se cumplen los deberes católicos, aparentemente no se reza, se acusa a los practicantes de muchas fallas y a menudo de un modo sumamente vulgar. También al

clero y al Papa. Se blasfema, la juventud comete vulgaridades la más descaradas, existe cierto libertinaje y desvergüenza, y se habla a menudo de estas cosas" (ib.).

¿Cómo puede considerarse católico un ambiente en el que se considera al catolicismo como algo distinto y ajeno, sólo porque tiene "el deseo de saber si el catolicismo puede todavía ofrecer algo vital" (p. 248), o porque "Cristo es todavía considerado como el Redentor, más o menos identificado con el bon Dieu..." o porque se supone que "por medio del bautismo y de la sepultura religiosa (1) quieren pertenecer a la comunidad católica, pertenencia que para ellos significa pertenecer a Dios y querer ser religiosos"? (p. 293).

El P. Rosier parece confundir "religiosidad" con "cristianismo" y "ateísmo" con "paganismo". Cuando el abate Godin, Michonneau, y el Can. Boulard hablan de la "descristianización" de Francia, no han afirmado que el pueblo francés sea arreligioso ni antirreligioso o ateo. Los paganos no son necesariamente ateos, y aun pueden ser profundamente

(1) Evidentemente que el bautismo hace al que lo recibe miembro de la Iglesia, pero un catolicismo auténtico no puede conformarse con esto, y en todo caso no se puede hablar de "ambiente católico", cuando todo el catolicismo se reduce a recibir el sacramento del bautismo, sin que por otra parte se advierta ningún esfuerzo por vivir de acuerdo a lo que la Fe exige. A estos "ambientes de tradición cristiana", pero cuyo catolicismo se reduce prácticamente, y en el mejor de los casos a recibir el sacramento del bautismo, la primera comunión, el matrimonio religioso y la sepultura eclesiástica, se los suele denominar con el calificativo de "descristianizados". Y a los individuos que no viven de acuerdo a las exigencias del cristianismo, pero que se conforman a las normas de la Iglesia en las cuatro etapas o estaciones principales de la vida (bautismo, al nacer; primera comunión, al llegar al uso de razón o a la adolescencia; matrimonio religioso, al iniciar su vida de hogar; y sepultura eclesiástica, al morir) se los define como "conformistas estacionales".

religiosos, aunque su religión sea falsa. Por otra parte, ser cristiano es algo más que "creer en Dios". No basta que se hallen "profundamente convencidos de que Dios es bueno... ni que se haga bautizar los niños por tradición, o aun por fe... ni que crean que Dios y Cristo son la misma cosa", cuando por otra parte "no es posible hacer que vayan a la iglesia, y hacerlos rezar en un tiempo determinado y a veces ni siquiera se consigue que llamen a un sacerdote para un moribundo. A cualquier tentativa de introducir de esta forma un elemento religioso en sus vidas, se oponen con un aire insolente, sacrilegamente negativo o por lo menos indiferente" (p. 207).

Una religiosidad así, ¿cómo puede confundirse con el catolicismo que es esencialmente una vida, y por lo tanto un modo de juzgar, de sentir y de obrar, un cuerpo de doctrina que hay que creer, una línea moral de conducta, un conjunto de prácticas externas? En otras palabras, ser cristiano significa adoptar una posición intelectual, moral y cultural conforme a las exigencias de la Iglesia de Cristo, y por lo tanto afirmar, defender y difundir la verdad dogmática, practicar la virtud, evitar el mal y cumplir los deberes de la práctica religiosa. Pero entonces, ¿cómo se los puede catalogar a estos hombres que, según la opinión del P. Rosier, son profundamente religiosos, y que aun cuando no viven ni practican la religión católica, hacen bautizar a sus hijos y quieren ser enterrados en católico?

Es difícil definir este "hibridismo" religioso con una palabra. "Descristianizados" es quizás el término más adecuado: no son cristianos, por lo menos en su auténtica significación; pero conservan algunos elementos del cristianismo, con lo cual, por lo menos por tradición, no han roto definitivamente. No son ateos, porque creen en Dios; pero tampoco son católicos, porque no conocen el catolicismo, no lo practican ni lo viven. ¿Habría inconvenientes en llamarlos "paganos bautizados", cuando el P. Congar afirma que

"de hecho hay entre nosotros muchos paganos que van a Misa y que cumplen con Pascua"? (Carta-Prólogo a la obra de G. Michonneau, *No hay vida cristiana sin comunidad*, Edit. Estela, Barcelona, 1961, p. 16) (2).

Resulta indiscutiblemente simpático y laudable el empeño que manifiesta el P. Rosier por captar y comprender el ambiente y el alma del obrero francés, con sinceridad y sin paternalismo; es un mérito indudable que no debe pasarse por alto y que debiera ser imitado por todos. Pero quizás ese mismo anhelo de comprensión, sumado a la novedad del ambiente, lo ha hecho pecar de subjetivismo en la interpretación de los hechos. A cuantos estudian las técnicas de la investigación social, se les previene desde el principio, de los peligros que amenazan a toda investigación de este tipo. La observación interna de un grupo, sobre todo cuando se trata de una participación artificial, es decir, cuando el investigador pertenece a un ambiente social

(2) Es evidente que para ser católico y pertenecer al Cuerpo Místico de Cristo, es necesario y suficiente estar bautizado y no haber renegado de la Fe, ni haber roto con el régimen eclesial por el cisma, ni haber sido separado de la comunidad por una determinación de la Autoridad Eclesial. Pero, ¿hasta qué punto puede considerarse todavía católico un ambiente como el que aquí describe el autor? Estos bautizados que desconocen su Fe, que no practican su religión, y cuya moral es diametralmente opuesta a la moral católica, ¿no son prácticamente apóstatas? En el mejor de los casos, y sin pretender prejuzgar de la salvación de los hombres, que es un misterio de Dios, ¿hasta qué punto la Iglesia puede contar con este enorme contingente de bautizados que no oyen su voz, que no obedecen sus preceptos y que viven sin diferenciarse prácticamente de los que no tienen religión? Un católico puede pecar, y de hecho peca; pero sabe que obra mal y por eso se arrepiente y se confiesa; pero cuando la conciencia del bautizado se vuelve insensible al pecado, ¿se puede pensar todavía que en ella existe una fe y un reconocimiento del magisterio y del poder sacral de la Iglesia?

y cultural distinto del que desea estudiar, fácilmente adolece de subjetivismo. Porque el observador, inconscientemente atribuirá al grupo en observación sus propios sentimientos o prejuicios; máxime que el investigador, por la misma novedad del ambiente, puede experimentar un choque muy brusco y dejarse impresionar en su sensibilidad, por situaciones que no impresionan y resultan naturales a los componentes de dicho ambiente.

En contraposición a este empeño de comprensión del mundo obrero francés, contrasta en la obra la severidad con que el autor juzga a la Iglesia. Evidentemente que las críticas que aparecen en este libro contra la Iglesia Católica, tienen por lo menos parte de verdad. La pregunta que formula el autor "¿es el pueblo que se aleja de la Iglesia o es la pastoral que se aleja del pueblo?" (p. 32) nos la hemos hecho todos, quizás; y el mismo Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II se ha planteado esta cuestión y desea resolverla en un esfuerzo sincero de adaptación de aquellas estructuras accidentales de la Iglesia, que no hacen a la esencia de la misma. Pero de ninguna manera puede admitirse un cristianismo minimizado, desleído, casi irreconocible, como el que describe el autor: "Blasfeman, es cierto, pero creo que casi no se dan cuenta de lo que dicen. Usan sus blasfemias más como expresiones fuertes que como ofensas de Dios. El domingo no es para ellos el día del Señor, sino un día de diversión... El afecto por los padres es espontáneo... Podría decirse que obran así porque de lo contrario no tendrían la estima social, que lo hacen por respeto humano. Quizás sea así, pero entre tanto, gracias a esta norma social, ponen en práctica el cristianismo. Tampoco el robo es una característica del mundo obrero francés... Si roban lo hacen en perjuicio de la empresa donde trabajan y a esto podría considerárselo una oculta compensación. Ellos creen que con esto no dañan a nadie. Son impúdicos, pero por lo general,

aun no pervertidos... Tal vez no creen que esta mal tener relaciones sexuales con las muchachas antes de casarse y alguna vez también después con alguna mujer de la calle... Pero el punto fundamental del cristianismo en esto, el no cometer adulterio, es generalmente observado por ellos... Además sienten activamente la caridad, aunque la llamen solidaridad. ¿Acaso no es ésta la esencia del cristianismo?...” (p. 208-209).

Sin insistir en cada uno de los puntos de esta descripción que nos hace el propio P. Rosier, baste decir que el cristianismo que aquí nos propone no tiene nada de sobrenatural. Cuando se dice, por ejemplo, que la caridad es la esencia del cristianismo, se está hablando de una caridad sobrenatural, y no de ese afecto natural que se tiene por los padres o por los amigos, que —como afirma Cristo en el Evangelio— “*etiam ethnici hoc faciunt*” (aun los paganos lo practican).

Pero además de minimizar el cristianismo, el autor generaliza y exagera los defectos de la Iglesia, injustificadamente. Es verdad que las críticas se refieren a las estructuras accidentales de la Iglesia, pero no siempre aparece claramente esta salvedad, y la generalidad de los lectores no distinguen entre lo esencial y lo accidental de la Iglesia. El Magisterio de la Iglesia en virtud de la asistencia sobrenatural que Cristo le prometió hasta el fin de los siglos, no puede equivocarse cuando fija definitivamente en puntos referente al dogma y a la moral; las equivocaciones o errores podrán existir en las estructuras accidentales y en los hombres que componen la Iglesia como sociedad visible. Más aún, con frecuencia se atribuyen a la Iglesia errores o abusos que más bien son fruto de la ignorancia del pueblo

cristiano de algunas regiones. Finalmente el autor, sin duda con buena intención, hace resaltar los defectos del catolicismo comparándolos con las cualidades y bondades descubiertas en sectas o iglesias no católicas, dejando una impresión muy negativa y exagerada de la Iglesia Católica.

Estas son las reflexiones que desde un punto de vista científico y desapasionado sugiere la lectura de *En busca de la ausencia de Dios*. A través de todo el libro se percibe una enorme carga afectiva, que le resta ciertamente objetividad científica. Además ¿es legítimo científicamente, como pretende el autor, generalizar sus conclusiones partiendo de casos sueltos, intuiciones y apreciaciones subjetivas?

Por último, resulta incomprensible que tratándose de un autor religioso, se edite esta traducción castellana sin la censura eclesiástica prescrita por el Derecho Canónico. Más aún, no sólo por tratarse de una traducción, necesita de dicha censura, para lo cual no basta la censura del original del cual se hace la traducción; pero en este caso, tratándose de una obra de psicología religiosa, no podía editarse sin la aprobación eclesiástica del Ordinario del lugar de la publicación.

Con todas estas salvedades y consiguientemente tomando las afirmaciones del libro, no como conclusiones definitivas, sino como hipótesis más o menos aprovechables, sobre todo para quienes se ocupan de adaptar la pastoral de la Iglesia a las exigencias de los tiempos, la lectura de *En busca de la ausencia de Dios* puede resultar provechosa. Lástima que estas hipótesis aprovechables dentro del marco científico de la sociología religiosa y de la pastoral, aparezcan invalidadas por una generalización arbitraria y subjetiva.

A propósito...

El mismo autor, Ireneo Rosier, había publicado anteriormente "Ovejas sin pastor", obra que mereció variados comentarios.

Es sensible comprobar que algunos defectos de la vida eclesiástica, quizás vigentes en determinadas regiones, sean presentados por el autor de un modo tan general que puede engendrar la impresión que toda la Iglesia Católica se halla plagada de defectos. La santidad y la dignidad de la Iglesia parecen cuestionarse por la acrimonia y el negativismo con que se critica el régimen eclesiástico.

Parece también absurdo confundir la sana tradición, principalmente teológica y litúrgica, con los errores y abusos prácticos provenientes en ciertas partes de la ignorancia popular. Son inadmisibles las confusiones y rechazos globales, tanto en este orden como en los métodos pastorales.

Lo que determina en lectores mal formados y desaprensivos el peligro de una

desorientación —como también lo ha destacado el Santo Oficio— es la poco objetiva comparación que Rosier establece entre la Iglesia Católica y las sectas acatólicas, dado que en aquélla encuentra sólo elementos negativos y en las sectas una vida sobrenatural enteramente floreciente.

Como en nuestras columnas (Nº 517) se insertara una reseña bibliográfica recomendando la obra, hemos cambiado cartas con el P. Juan Pruden S. J., actualmente en París, dándole a conocer las nuevas opiniones que la Revista inserta sobre obras del P. Rosier.

Nos ha rogado aclarar que lamenta haber recomendado un libro que luego ha recibido la reprobación del Santo Oficio.

Por nuestra parte reiteramos que en estos momentos de sesgos pesimistas y de posturas derrotistas, no es con críticas como las de "Ovejas sin pastor" como se construirá un mundo mejor ni se embellecerá la faz de la Iglesia, tal como lo sueña el mismo Santo Padre Juan XXIII al aludir a la tarea del próximo Concilio Ecuménico.

ESTUDIOS

REVISTA ARGENTINA DE CULTURA, INFORMACION Y DOCUMENTACION

ENVÍENOS SU SUSCRIPCION:

Sr. Administrador de "ESTUDIOS" Callao 542 — Buenos Aires

Deseando suscribirme a la Revista "ESTUDIOS", por el término 1 año,

6 meses a partir de

Remítale: cheque, giro, bono postal a la orden de: Revista "ESTUDIOS".

Nombre Domicilio
Localidad

Saludo a Ud. muy atte.

NOTA: Táchese lo que no corresponda.

Firma